

Exploración antropológica al Valle del Río Copiapó

POR EL

Prof. Leonardo MATUS Z.

Jefe de la Sección de Antropología y Etnología del Museo Nacional

Más o menos a cuatro kilómetros al oriente de la ciudad de Copiapó existe un pueblecito que se llama San Fernando y que ha dado el nombre a una serie de túmulos de tierra que hay a orillas del río Copiapó, punto donde hace poco se descubrieron algunas sepulturas antiguas en posición sentada y con piezas de alfarería pintada y sin pintar.

Tanta importancia científica atribuía la prensa a aquellos hallazgos que el Ministerio de Instrucción Pública dictó un decreto por el cual se me comisionaba, en mi carácter de Jefe de la Sección de Antropología y Etnología del Museo Nacional, para ir a Copiapó a recoger todo el material que se había logrado extraer de aquellas sepulturas y que según se decía, consistía en momias tendidas y en vasos pintados, en objetos de piedra y en telas valiosísimas.

Llegados a Copiapó nos dirigimos a visitar aquel lugar en compañía de un profesor del Liceo de Serena que desde hacía varios días trabajaba allí tratando de obtener algunas piezas de importancia para el Museo que se ha fundado en aquel establecimiento; pero que, a pesar del entusiasmo y actividad desplegada para conseguirlo no había logrado sacar de aquel cementerio ningún objeto de los que se decía había en tanta abundancia.

El único habitante que hay cerca de este paraje es un hombre viejo que también es el que ha explorado y explotado aquel cementerio. El día antes de nuestra visita le había vendido, y a buen precio, un ponchito muy viejo y remendado que según decía había sacado con una momia de niño.

Un examen minucioso del terreno, un estudio de la orientación y de la composición del suelo, nos hicieron comprender que era imposible obtener de allí momias de adulto, las contradicciones del viejo unidas a su mala voluntad para darnos respuesta exacta sobre lo que él decía había sacado de las sepulturas, nos vinieron a confirmar nuestra primera impresión, es decir, que sólo se trataba de un asunto comercial del viejo y no de un hallazgo de la importancia científica que se le atribuía.

Para cerciorarnos más todavía hicimos con nuestro compañero un reconocimiento minucioso del barranco del río a uno y otro lado pudiendo comprobar que no existe allí ningún resto humano, ni objeto o resto de objetos que demostrase la existencia de un cementerio en ese lugar.



Fig. 52.—Puco de greda rojo con dibujos negros, de 20 cm. de diámetro en la parte superior.—Extraído del Cementerio de San Fernando, Copiapó (ORIG.)

De regreso, el viejo del rancho nos mostró un hoyo donde tenía varios fragmentos de cráneos, la mayor parte de niños y unos cuantos huesos extraídos, según nos dijo de sus excavaciones en aquel cementerio y que era lo único que no había logrado vender todavía.

Los ingenieros de Copiapó, señores Urmeneta y Carvallo nos regalaron para el Museo Nacional, una pieza completa de alfarería pintada y otra media pieza que les había vendido el hombre del rancho.

Ambas piezas son *pucos* o fuentecitas, tan iguales en sus formas en su tamaño y en el color que parecen fueran gemelas.

Acompañados de los profesores Luis Sierra y Luis Valenzuela del Liceo y de la Escuela Normal de aquella ciudad nos dedicamos después a reconocer los alrededores y tomando informaciones llegamos a saber que en el lado noroeste de Copiapó y a unas cuantas cuadras de la Plaza lograron extraer, hace algunos años, numerosas osamentas humanas y alfarería de un tipo bastante primitivo.

En efecto, aun existían en los desmontes de uno de los cerros de la sierra de *Chancoquín* fragmentos de estos huesos y pedazos de alfarería pintada. A poco de iniciar nuestros trabajos descubrimos allí una sepultura de donde extragimos numerosos huesos de un cadáver que estaba dentro de un hoyo cilíndrico como de unos 70 a 75 centímetros de profundidad y en cuclillas.

Los huesos eran tan antiguos que era raro aquel que lográbamos sacar completo.

No encontramos en esta sepultura, ningún objeto de piedra, madera o hueso ni alfarería de ningún género. En la superficie, y a más o menos un metro de ella recogimos una cucharilla de hueso quebrada en dos pedazos y que a juzgar por el color blanco demostraba haber permanecido mucho tiempo en la superficie expuesta a los rayos solares que, aquel día quemaban fuertemente.

A fin de trabajar a la sombra nos trasladamos al lado oriente del cerro cerca del lugar donde existe un basural. Al segundo día de trabajo logramos descubrir allí un cementerio indígena bastante interesante, cementerio que llamamos «Cementerio del basural».

De las numerosas excavaciones que practicamos en este lugar logramos extraer diez y siete esqueletos correspondientes a otras tantas sepulturas y en una extensión que alcanzó a siete metros.

Estas sepulturas, también cilíndricas, como la del lado poniente del cerro; estaban superpuestas, indepen-

dientemente en tres hileras, correspondiendo una a cada cultura.

Las más antiguas estaban como a dos metros de la superficie. Todos los esqueletos estaban en cuclillas y mirando al oriente. Habían entre ellos varios de niño.

Como tapa colocaban palos de algarrobo y de chañar, muy abundante hasta hoy en la región.

En las sepulturas de la capa inferior no encontramos sino huesos y restos de canastos de fibra, posiblemente usados para calentar el agua por medio de piedras candentes. No había restos de tejido, de lana, algodón o cáñamo, ni cosa alguna que mostrase cierto grado de cultura.

Llamó nuestra atención, desde el primer momento el enorme grueso de los cráneos; pudiendo medir en algunos frontales hasta un centímetro de espesor.

Los huesos largos son bastante grandes; algunos fémures medían 47 y hasta 48 centímetros lo que equivale a una talla de 1.73 a 1.75 de altura.

En una de estas sepulturas encontramos un esqueleto con deformaciones *luéticas* muy pronunciadas y parecidas a las que hemos visto en dos esqueletos del Museo de Anatomía y Patológica, de nuestra Escuela de Medicina, lo que es muy interesante pues comprueba la existencia de esta terrible enfermedad en América, en tiempo muy remoto. Un collar de caracoles pequeños parecidos a la *litorina peruviana* y que llevaba como amuleto de pezca otro caracol (*Scurria-scurra*) sacamos también de esta misma sepultura.

Como a un metro veinte de la superficie encontramos en la misma posición los esqueletos correspondientes a la segunda cultura. Los caracteres antropológicos de los huesos se repiten. Aquí ya encontramos alfarería gruesa y muy mal cernida, restos de pintura, roja y negra, collares de llanca, muy rústicamente fabricada, algunos; otros ya más finos; caracoles grandes con restos de pintura (*Bulimus oblongus*) que algunos aseguran ser de especie ya extinguida, y que nunca ha habido en aquella región.

Una *tembeta* de piedra blanca muy bien pulimentada y pedazos de tela de cáñamo burdamente tejida. Encontramos también junto a unas llancas un pedacito de cobre nativo que sin duda lo usaron para perforar aquellas llancas.

A unos sesenta centímetros de la superficie se encontraron las tumbas de la tercera cultura. Los cráneos se notan aquí un poco deformados (fronto occipital y fronto parietalmente) parece que acostumbraron deformar la cabeza en los dos sentidos, como ocurría con los indios de Arica, según observaciones que recogió allí el profesor Max-Uhle.

No encontramos ningún cadáver en posición tendido.

Los caracteres antropológicos de estos huesos son iguales a los demás abajo, aunque los cráneos son ya de paredes más delgadas y de glabella menos pronunciada. Los huesos molares están también menos desarrollados y la mandíbula inferior no es tan gruesa.

La alfarería es escasa y de una masa fina con pintura generalmente negra, del mismo tipo que la que se encontró en el cementerio de San Fernando y consiste en ollas, pucos y jarros del tipo *pseudo ápodo*.

Las *llancas* usadas en los collares es más pequeña, mejor pulimentada y muy bien perforada, siendo de notar que en uno de estos collares encontramos un amuleto de piedra, muy pequeñito y que representa un edentado de la familia de los Dasipódidos (quirquincho).

Igualmente encontramos en esta cultura tubos de hueso y tabletas de ofrenda del tipo zoomorfo y antropomorfo.

Ruecas pequeñas de piedra para hilar, punzones y cucharillas de hueso y pinzas de cobre para dilapidarse.

No cabe duda que los indios que habitaron el valle del río Copiapó pertenecieron al mismo grupo de los *cachalquies* que habitaron en todo el N. O. argentino. Al menos así lo demuestran los caracteres antropológicos y etnológicos y el estado de las tres culturas que pudimos estudiar.

Sin embargo, debe existir otro estado de cultura superior que sería interesante encontrar en la Sierra de Chancoquin pues, según lo demuestran las colecciones que existen en nuestro Museo Nacional, de Copiapó se han extraído hermosos ejemplares de alfarería pintada, como igualmente objetos de piedra, de hueso y de cobre, que continuaremos buscando en exploraciones posteriores.

